

de aquel tiempo y el uso aun mas particular de los cardenales. En este ejercicio correspondió Pedro Tomás á las esperanzas de su protector, el cual no pensó ya en otra cosa que en darle á conocer en las cátedras y en las concurrencias mas honoríficas.

Declaró la guerra á los vicios con toda la libertad que da una virtud superior, y no temia combatirlos por los dos lados mas críticos, esto es, no perdonando al fausto de los prelados ni á los vanos adornos de las mugeres mundanas. Pero como todas sus palabras, segun se esplica el ingénuo y piadoso autor de su vida, eran visiblemente dictadas por una caridad pronta á padecer el martirio por todos aquellos á quienes reprendia, cogió los frutos mas inesperados, y se iba haciendo dueño de dia en dia de todos los corazones. Era tanto lo que le estimaban sus conciudadanos, que habiendo llegado un dia en que no tenian nada que comer los religiosos de su convento de Aviñon, salió á pedir por la ciudad, y volvió aquella noche con mas de mil florines. Sabiendo el Papa Inocencio que no tenia menos capacidad para el despacho de los negocios que para tratar de la salvacion de las almas, le empleó sucesivamente en las legacías de Nápoles, de Génova y de Milan; le confirió los dos obispados reunidos de Patti y de Lipari en Sicilia; le envió *ad honorem* á Italia cerca del Emperador Carlos, al Rey de los rascios, pueblos feroces de la antigua Panonia, entre los cuales logró hacer respetable la fe romana con su fortaleza heroica; des-

pues á los venecianos, al Rey de Hungría, y por último al Emperador Juan Paleólogo.

Cuando llegó el legado á Constantinopla, no halló á este Príncipe en la ciudad, y fue á buscarle al ejército, donde el tumulto y la confusion de la guerra no impidieron que se le recibiese con mucho honor, y que se tratase del objeto religioso de que iba encargado. De acuerdo y por consejo de los grandes confirmó el Emperador con mucho gusto todo lo que habia prometido, protestó su obediencia, fidelidad y adhesion á la santa Sede, y se obligó con juramento formal, hecho en manos del legado y en presencia de muchos obispos. Lo mas pronto que pudo escribió en estos términos al Sumo Pontífice: „trabajamos con el mayor ardor y con todas nuestras fuerzas en la reunion de nuestra iglesia con la santa iglesia romana. Me es muy sensible la imposibilidad en que me he visto hasta ahora de hacer que la obedezcan todos mis vasallos; pero no me son fieles todos ellos, ni aun me obedecen á mí mismo. Sin embargo, no dudo que he de lograr cumplirlo todo, si con el auxilio que espero de vos, contribuís á sostener mi celo, el cual no os puede ser sospechoso. He heredado de mis padres mi adhesion á la iglesia romana. No ignorais que en esta parte se ha señalado mi familia desde el origen de su poder, y que el Emperador mi tercer abuelo, esto es, Miguel Paleólogo, murió en la obediencia de los romanos Pontífices. Yo queria enviaros mi hijo; pero vuestro legado ha creido que

no convenia hacerlo ahora. No obstante, espero que esta porcion de mí mismo ha de estar muy pronto á vuestro lado; ¡y ojalá pudiera yo ir en persona á rendir á vuestra Santidad el homenaje que le debo! Por lo que hace á nuestro patriarca, no tengais el menor cuidado, porque yo daré las providencias necesarias para que se le deponga, y se le substituya otro del cual me consta que es fiel á la santa Sede." Este patriarca, contrario á la union, era Calisto, sucesor de Isidoro, y palamita ó quietista como él. Concluye Juan Paleólogo dando gracias al Papa por haberle enviado un mediador y legado tan celoso como Pedro Tomás. „Me ha causado, dice, mucho consuelo, como tambien á los griegos y latinos que han sido convertidos ó confirmados en la virtud por sus instrucciones."

Despues que el santo legado afirmó al Emperador en estas disposiciones, pasó á la isla de Chipre, donde fue recibido honrosamente por el Rey Hugo de Lusñan, el cual salió á recibirle hasta Famagosta, y le llevó hasta Nicosia, que era el lugar de su residencia. En poco tiempo se hizo Pedro tan respetable, y se concilió en tanto grado el aprecio y estimacion de la corte, que habiendo enfermado en ella quiso la misma Reina prepararle lo que habia de comer. Luego que se restableció, hizo un viage á Jerusalem, y se atrevió á predicar allí públicamente. Llenos de respeto los infieles, ni aun pensaron en impedirselo; pero enfurecido con esta noticia el sultan de Egipto, mandó cortar la cabeza

al emir ó gobernador. Por fortuna estaba ya el Santo fuera de Jerusalem y libre de todo peligro. No tardó en presentarse al Papa Inocencio, quien para darle motivo de manifestar toda la estension de sus talentos, le confirió la legacia universal de Chipre y de las provincias inmediatas. Para ayudarle á sostener esta dignidad le trasladó al obispado de Coron en la Morea, mas rico que el de Patti, y mas próximo á los paises de su legacia (1).

26. Al mismo tiempo, Juan Rusbroquio, presbítero y canónigo regular, se hizo famoso por su esposicion de los principios de la teología mística y de los diferentes modos de hacer oracion (2). A los doce años habia empezado á estudiar bajo la direccion de un pariente suyo que era eclesiástico; pero tres años despues, no habiendo aprendido casi mas que los principios de la gramática, renunció los estudios humanos para entregarse enteramente al de la sabiduría cristiana y á la práctica de la virtud. Desdè entonces vivió en un estrecho retiro, aun despues que fue ordenado de sacerdote á la edad de veinticuatro años, únicamente ocupado en las funciones de la vida ascética, sin hablar casi nada, y cuidando tan poco de su exterior, que mas de una vez era objeto de risa para las gentes del mundo. Ya tenia sesenta años y se habia hecho célebre por algunos libros espirituales que publicó, cuando se hizo canónigo regular en Vauvert cerca de Bruselas, donde no tardaron en elegirle por superior.

(1) *Rain. ann. 1359. num. 16.* (2) *Vit. Joan. Rusbr.*

Allí su método ordinario para componer sus obras era internarse en la selva de Soignies que estaba inmediata, y escribir como si le dictase el Espíritu Santo, cuando se creía inspirado por él. Habiendo ido á verle Gerardo el grande, fundador de la congregacion de Windesheim y teólogo ilustrado, y advirtiéndole que sus escritos ocasionaban muchos disturbios: „maestro Gerardo, le respondió en tono pacífico, estad seguro de que ni una sola palabra he escrito sin un movimiento del Espíritu Santo y la asistencia de la adorable Trinidad.” Algunas veces estaba muchas semanas sin escribir, y cuando volvía á continuar su trabajo salía el discurso muy seguido como si no le hubiese interrumpido, aunque se hubiese olvidado de lo que precedía. Como sabia poco latin, escribía en su lengua nativa, esto es, en flamenco ó bajo aleman; pero sus obras se han traducido al latin, y nosotros las tenemos en este idioma. Su reputacion le concilió, entre otras muchas personas ilustres de ambos sexos, una multitud de doctores, siendo el principal de ellos Juan Taulero (1). Este piadoso y sábio dominicano le miraba con gran veneracion, y aunque era mucho mayor teólogo que Rusbroquio, decia que habia adelantado mucho con él en la ciencia de la vida contemplativa: lo que no impidió que estas obras de mística escitasen todavía muchos rumores y altercaciones.

27. Pero el régimen y los privilegios de las ór-

(1) *Rain. ann. 1355. num. 38.*

denes mendicantes ocasionaron entonces unas disputas mucho mas serias. Ricardo Fisraulo, esto es, hijo de Raulo, arzobispo de Armarch y primado de Irlanda, despues de haberse declarado contra ellas en su isla, pasó á la de Inglaterra, donde ya habia manifestado el clero su oposicion á semejantes establecimientos (1). Se le convidó á predicar en la iglesia de San Pablo de Londres, y publicó allí con libertad su modo de pensar. Esta conducta de un prelado autorizado en cierto modo por el clero británico, distinguido por su doctrina, de la cual habia dado pruebas siendo canciller de la universidad de Oxford, y dotado de unas virtudes tan recomendables que su memoria es todavía venerable en Dundale, su patria, puso en movimiento á todos los frailes menores de la Gran Bretaña, y el guardian del convento de Armach acusó al arzobispo en el tribunal del Sumo Pontífice.

Ricardo se puso inmediatamente en camino para pasar á Aviñon, y se presentó al consistorio donde defendió por sí mismo su causa. Dió una razon exacta de lo que habia dicho en siete ú ocho sermones, y lo redujo á dos puntos principales, á saber; la mendicidad de los frailes menores, y la costumbre que tenian de administrar la confesion, la predicacion y la sepultura al comun de los fieles. „Pronto estoy, continuó, á sostener todo lo que he dicho en el púlpito acerca de esta materia;” y pasando inmediatamente á las pruebas: „he de-

(1) *Valsing. pag. 173. = Vading. ann. 1357. num. 3.*

fendido, Padre Santo, añadió, y defendiendo todavía que los frailes menores quebrantan su regla por el modo con que practican la mendicidad voluntaria y perpetua; y que nadie puede obligarse á este género de observancia, segun las máximas de la piedad y de la discrecion cristiana, porque Jesucristo, aunque siempre pobre durante su vida mortal, no mendigó jamás voluntariamente, y lejos de instar á nadie á ello, enseñó que no se debe hacer." Esta última proposicion, presentada como prueba, necesitaba sin duda alguna probarse: lo que ejecutó Ricardo de un modo mas sutil que sólido, sin reflexionar que le bastaba atenerse á la negativa en cuanto á la enseñanza del Salvador con respecto á la mendicidad voluntaria, pues era imposible probar lo contrario. No discurre mejor del testamento de San Francisco, en el que el santo dispone que los frailes de su tiempo (los que por la mayor parte no predicaban sino con el buen ejemplo), no teniendo lo suficiente con su trabajo, recurriesen á las limosnas de los fieles; y no por esto se deben llamar á sus hijos mendigos habituales y perpetuos, como los llama Ricardo.

Por lo que toca á la confesion, dice que es mas seguro y útil hacerla con su párroco que con los frailes mendicantes, y pretende probarlo así: „Yo creo (dice) que tengo anualmente en mi diócesis cerca de dos mil escomulgados: de éstos apenas se presentan cuarenta á mí y á mis penitenciaros, y sin embargo reciben todos ellos los sacramentos.

La persuasion comun es que son absueltos por los frailes, á quienes se acusa de que socorren su pobreza por medio de las confesiones, y que la única penitencia que imponen son limosnas en beneficio propio. En efecto, ¿se ha oido decir jamás que hayan impuesto algunos donativos con destino al bien público, por ejemplo, para reparar una iglesia parroquial, ó para construir un puente ó una calzada? Al contrario, está tan concentrado y es tan esclusivo su interés propio, que cada uno de ellos no piensa mas que en su orden, sin que hayan ofrecido todavía el rasgo de edificacion de una limosna aplicada á los frailes predicadores por los menores. Desde que unos y otros han obtenido el privilegio de confesar, predicar y dar sepultura, hemos visto que en lugar de sus celdas antiguas y modestas, han edificado monasterios como palacios, y disfrutan de unas comodidades de que no tuvieron idea sus padres. Otro inconveniente que resulta al clero de los privilegios pedidos por los frailes menores contra la prohibicion espresa de San Francisco, es que se han hecho dueños de las conciencias de casi toda la gente moza. En las universidades y en el seno de las familias los atraen con algunas frioleras que les dan, y con mil artificios de que se valen para estimularlos á entrar en su orden; despues de lo cual no les permiten salir ni aun hablar sin testigos á sus parientes mas cercanos, hasta que hayan profesado. Con este motivo dejan los padres de enviar á sus hijos al estudio, quedan de-

siertas las escuelas, y reciben las ciencias un daño incalculable. Cuando yo era mozo, habia en Oxford treinta mil estudiantes, y ahora no llegan á seis mil."

Pero en medio de que el arzobispo de Armach se mostraba tan terrible enemigo de los religiosos mendicantes, como era bastante piadoso y profesaba la doctrina católica, declaró que no pedia la supresion de estas órdenes, sino solo que se las redujese á la pureza de su instituto; y aun se empeñó en demostrar que en todo lo que habia dicho no se hallaria ninguna cosa contraria á las bulas publicadas por los Papas en favor de estas órdenes.

Despues de haber durado un año esta gran causa en la corte de Roma, no se sentenció todavía definitivamente. El Papa Inocencio creyó que no debia espedir mas que una bula provisional, dirigida al cuerpo episcopal de la Gran Bretaña, en la que prohibia que durante el curso de esta instancia se inquietase á los frailes mendicantes en la posesion en que estaban de confesar, predicar, enterrar y recibir limosnas. Difiriéndose así el asunto, y habiendo dejado de recibir el diputado de los obispos de Inglaterra los socorros que le habian prometido, se vió obligado á abandonar su continuacion. Se retiró á los Países-Bajos, verosimilmente por restituirse á su patria, y murió en Mons en el Hainaut. Entretanto obtuvieron los frailes mendicantes la confirmacion de sus privilegios. Pero Tomás Valsingan, autor inglés y contemporáneo, re-

ligioso benedictino, poco favorable á los mendicantes, y por otra parte muy inclinado á la sátira, no atribuye esta confirmacion á la justificacion del Sumo Pontífice, como debiera, sino á que la consiguieron con dinero.

28. A pesar de estas imputaciones y controversias, entraron entonces en las órdenes mendicantes dos Príncipes reales (1). Pedro, Infante de Aragon, hijo del Rey Jaime II y de Blanca de Sicilia, conde de Ribagorza, casado por espacio de muchos años con Juana de Foix, de la cual tuvo cuatro hijos, habia dado ya pruebas de su piedad fundando cerca de Tarragona un hospital famoso, que se llamó el hospital del Príncipe. Habiendo muerto su muger, renunció Pedro las grandezas del mundo, dividió sus bienes entre sus tres hijos, y tomó el hábito en el convento de los frailes menores de Valencia. Obtuvo dispensa del Papa para profesar antes que se cumpliese el año del noviciado, y se hizo la ceremonia con tanta edificacion como solemnidad en presencia de un numeroso concurso de personas distinguidas. En este estado vivió el Príncipe veinte años por lo menos, con una perseverancia y una regularidad que no se desmintieron jamás (*).

(1) *Vit. pp. tom. 1. p. 342. = Vading. ann. 1358. num. 1. et 2.*

(*) Mientras vivió este venerable Príncipe de Aragon, fue el iris de paz, y el conciliador de cuasi todas las enemistades que se suscitaron en el reinado de su sobrino Pedro IV. Principió re-

29. Cárlos, conde de Alenzon, hijo de un hermano de Felipe de Valois, y primo hermano del Rey Juan, abrazó en su edad juvenil el instituto de los predicadores. Habiendo muerto su padre, llamado tambien Cárlos, en la desgraciada batalla de Creci, sintió en extremo María, Infanta de España, la resolucion del Príncipe su hijo, porque era el mayor de la familia (1). Escribió al Papa y le hizo presentes, como á padre comun de los cristianos, las desgracias á que por el retiro del conde quedaban espuestos sus estados y sus vasallos, atendidas las inquietudes que habia á la sazón en aquel pais. Inocencio hizo examinar la vocacion del Príncipe, para separarle de ella si era una ligereza propia de su corta edad, ó para aprobársela y corroborársela si era sólida. Sin duda fue aprobada, supuesto que perseveró en ella. Con el transecurso del tiempo se le elevó á la silla arzobispal de Leon, donde á pesar de las pretensiones de los Príncipes de su misma sangre, sostuvo los derechos de su iglesia con una firmeza digna de su augusto origen.

30. No pudiendo atender el Papa Inocencio á la conservacion y á las cargas de su dignidad con los

conciliando á este Rey con su madrastra, viuda de Alfonso IV de Aragon, y jamás cesó de solicitar la gracia y el indulto real para todos los perseguidos. En adelante nos da Berault noticia de las otras virtudes que ennoblecieron á este augusto religioso.

(1) *Bzov. ann. 1359. num. 12.*

estados de la Iglesia usurpados ó asolados por todas partes, discurrió el arbitrio de exigir la décima de todas las rentas eclesiásticas de Alemania (1). Luego que se divulgó la noticia de esta exaccion, se reunió precipitadamente el clero de las metrópolis de la primitiva Germania, Maguncia, Tréveris y Colonia, con algunos abades, y resolvió de comun acuerdo no pagar nada. Al momento escribieron á las demás provincias de la nacion, y atrajeron á su modo de pensar á todos los prelados, á todos los eclesiásticos y á todos los frailes. Tampoco tardó el Emperador Cárlos en convocar en Maguncia á todos los Príncipes del imperio, con los hombres mas doctos, á fin de oponerse eficazmente á una novedad de tanta consecuencia.

Se dió á Conrado de Alzey, canceller del conde palatino, el encargo de hablar por el clero, y dijo en substancia: „detengamos en su principio el nuevo mal de que estamos amenazados, y sacudamos á lo menos esta parte del yugo pesado y vergonzoso que se nos impone. Demasiado tiempo ha que los romanos miran á la Alemania como una mina de oro, no habiendo cesado de inventar todo género de manipulaciones para agotarla. ¿Y qué nos dan en cambio sino papel y palabras? La corte de Roma es un abismo donde van á sumergirse todas nuestras riquezas. Arroyos de oro y plata corren sin cesar desde Alemania hasta aquella ciudad para la impetracion ó para la compra de los beneficios, pa-

(1) *Vit. Inn. p. 350. Chron. Hirs. pag. 234.*